



Misterioso acontecimiento

Los mendocinos nunca han podido convivir con su realidad sísmica, ni antes, ni después del terremoto del 20 de marzo de 1861. Eso, a la larga configuró un rasgo típico local: el miedo a los temblores.

En abril de 1819, llegó a Mendoza el inglés John Miers, quien viajaba a Chile. Fue el único de los viajeros en ser testigo de un sismo, o al menos el único en describir en su diario personal la reacción de los locales ante ese fenómeno hace 186 años.

Apenas llegado, Miers había ido junto a su esposa a un café, adonde varias personas jugaban a las cartas mientras otras miraban. Entonces notó un repentino y rápido

movimiento general de todos hacia la puerta. En un instante, cada uno cayó de rodillas, se golpeaba el pecho y murmuraba una oración.

“Solamente nosotros quedamos a la zaga, perdidos de asombro, desconociendo la causa de este misterioso acontecimiento”, apuntó. Luego de una corta y silenciosa pausa todos regresaron a seguir jugando o viendo. “Me enteré de que ese movimiento general había sido ocasionado por un temblor, leve movimiento de tierra, al cual, como buenos extraños, éramos todavía insensibles, pues ninguno de nosotros había experimentado la menor sensación”, anotó.

Testimonio. Las ruinas del templo de San Francisco quedaron como un símbolo de aquella noche fatal de hace 144 años.

los rayos del sol subtropical. Al tercer día lo encontraron unos amigos, y lo llevaron a una casa a pocas leguas de la ciudad, donde debió esperar 21 días antes de recibir asistencia médica”, relató.

No obstante, Rickard señaló que cuando ésta llegó, ya era demasiado tarde: “El pobre anciano, aunque sin sufrir dolor, ha quedado inválido: se moviliza con muletas, y espera con paciencia la expiración de los pocos años que todavía debe pasar entre nosotros. Ese es uno de los muchos incidentes que podrían contarse de aquella noche temible, cuando doce mil almas hallaron un sepulcro bajo las ruinas del Herculano de las Pampas”.

El Barrio de las Ruinas

Robert Crawford era un

ingeniero inglés que pasó por Mendoza en 1872, cuando ya la Nueva Ciudad estaba de pie y la antigua aún no era atendida por las autoridades y era llamada popularmente Barrio de las Ruinas.

“La ciudad de los vivos y la de los muertos yacen lado a lado, unidas por un extraño y místico lazo -reseñó-. Es lastimoso e imponente pasar por las felices escenas en que se desarrollan las ocupaciones diarias de los tranquilos habitantes y posar la mirada en esas moradas ruinosas, bajo cuyas paredes derruidas quedaron aplastadas las fatales víctimas de una de esas terribles convulsiones de la naturaleza que, por fortuna se conocen poco en Inglaterra”.

Tras describir la nueva Mendoza, destacó que en los

mendocinos estaba muy fresco el recuerdo de aquella noche: “El anfitrión, mientras atiende a su huésped, relata cómo escapó milagrosamente de la muerte, mientras que muchos miembros de su familia perecieron. El cochero, en su recorrido por la ciudad, refiere penosas historias de amigos que perdió y señala puntos entre las ruinas donde tuvo lugar algún suceso excepcionalmente aterrador; en tanto que el peluquero -que no quiere quedarse atrás- hace una pausa durante su labor para narrar más horrores de ese espantoso día”.

A la vez, en su relato dedicó tinta a describir el miedo a los temblores, por ese entonces justificado y que hasta la actualidad caracteriza a los mendocinos. “La gente vive en un estado de

continua aprehensión, según puede advertirse por el hecho de que, en lugar de puertas, usa pesados cortinados con los cuales cierra la entrada a los dormitorios;

así, ante la primera alarma de un temblor de tierra, le es factible saltar de la cama y correr hacia el patio abierto, que de ordinario hay en cualquier casa”.